

FILOSOFIA Y CRISIS CULTURAL

Solomon Lipp (*)

Los términos "Filosofía", "crisis" y "Filosofía de la Educación" están entrañablemente vinculados. Existen interrelaciones dinámicas entre la manera de pensar de uno y las condiciones sociales en que vive; así como entre la influencia del pensamiento y el modo de actuar. Los tres conceptos, puede decirse, son los ángulos de un triángulo, cuyos lados representan fuerzas que corren en ambas direcciones.

La relación entre Filosofía y educación es recíproca. La historia nos muestra que, debido a la necesidad de educar a las nuevas generaciones, y merced, también, a los esfuerzos que se hicieron, hace muchos siglos, por llevarlo a cabo, apareció un conjunto de dilemas, de los cuales siempre se han ocupado los filósofos. También es verdad que, una vez iniciado el proceso formal e institucionalizado de la educación, las posturas filosóficas adoptadas por una sociedad dada, han influido en la base social, la estructura, el curriculum y la metodología del sistema educativo.

Para ilustrar: Los sofistas antiguos, esos educadores que sostenían que "el hombre es la medida de todo", perturbaron mucho a los conservadores. Claro; los sofistas predicaron que la educación debe ajustarse a las diferencias individuales; que el individuo debe criticar las tradiciones, los valores bien establecidos de la herencia cultural.

Como resultado de este conflicto entre los sofistas y los tradicionalistas, surgió una serie de problemas que subsiguientemente iban a constituir las fases principales de la filosofía. Se emprendió la búsqueda de respuestas a preguntas tales como: ¿Cuál es la naturaleza del proceso de aprender?, ¿Qué es el conocimiento?, ¿Cuál es la naturaleza del cambio, del desarrollo?, ¿Hay principios universales de la naturaleza?, ¿Cuáles son las finalidades preferibles de la vida?, ¿Cómo debe educarse el individuo, en relación con la sociedad, el universo, la realidad?, etc.

Estos problemas básicos de la educación, que dieron ímpetu al desarrollo de la Filosofía, pueden dividirse según ciertas categorías. Las cuestiones que tratan de relacionar la educación con la naturaleza de las cosas, con la realidad, pertenecen al

(*) El Dr. Solomon Lipp, Profesor Invitado de la Universidad de Costa Rica durante los años 1957-58, ha sido Profesor de Filosofía de la Educación en las Universidades de Harvard, Brandeis y Emerson (1947-55), Profesor de Cultura Española en el Instituto Internacional de Madrid (1957) y Profesor de Educación en la Universidad de San Carlos de Guatemala (1956); actualmente es Profesor de la Universidad de Boston y Prof. Visitante de la de Northeastern. Es Miembro de la Asociación de Profesores de Filosofía de la Educación de Nueva Inglaterra, antiguo Presidente de la de Profesores de Español de Nueva Inglaterra, y de la de Lenguas Modernas. Es autor de varios libros y estudios sobre temas educativos y colaborador de: Harvard Educational Review, Journal of General Education, Modern Language Journal, Hispania, Panamericana, Revista de la Universidad de San Carlos.

campo de la Metafísica. Las que tratan del conocimiento—de su posibilidad y adquisición—son epistemológicas. Las que procuran dirigir la educación hacia lo bueno y lo preferible—y esto implica un estudio de los valores—constituyen la Axiología y la Ética.

También nos persigue la preocupación perenne: ¿Cuál debe ser la función de la Filosofía? Concretamente, ¿qué papel debe desempeñar la Filosofía en tiempos de crisis cultural? Algunos filósofos sostienen que, en la época contemporánea, la Filosofía no debe ser equivalente a la contemplación ni a la reflexión. La Filosofía debe ser mucho más activa; no puede ser neutral. En tiempos de crisis, tiene que convertirse en ideología, lo que quiere decir que tiene que identificarse con los intereses de ciertos grupos sociales. Este concepto bien puede ser el resultado de una visión optimista y atractiva, una visión de paz dentro de una sociedad internacional, una visión que no es nueva, sino que está basada en una premisa discutible.

Se han preocupado varios pensadores (Marx, Mannheim, Scheler) por la relación que existe entre la posición que ocupa un grupo dado en la jerarquía socio-económica y la ideología que sostiene y comparte este grupo.

Aunque no se puede establecer una ley rígida (hay demasiadas excepciones), Scheler, por ejemplo, ha notado la *tendencia* siguiente: Que un grupo social que es dominante y controla las mejores posiciones estratégicas de la estructura socio-económica, *por lo general* se adhiere a un tipo estático de Filosofía, una filosofía que hace hincapié en el *ser*, en lo incambiable; mientras que un grupo que aspira a mejorarse, tiende a recalcar el principio de lo cambiable, del *devenir*. Tal grupo apoya una Filosofía dinámica; cree en valores instrumentalistas.

Nuestra herencia cultural contiene varios hilos, varios elementos, que hemos tomado prestado de los griegos, de la cultura helénica, del imperio romano, y por supuesto, de la tradición judía-cristiana. Pero con el desarrollo de la civilización occidental, fue creada una serie de instituciones y prácticas, las que, muy a menudo, chocaron con los ideales y los valores de esta tradición. Esto dió por resultado una tensión cultural y un esfuerzo continuo por reconciliar nuestras acciones con nuestros valores. Además, el choque se complicó porque ya existían, dentro de la herencia misma, elementos antagónicos y contradictorios. De ahí, la función de la Filosofía, que siempre ha sido la de reorganizar y reinterpretar nuestras ideas y nuestras experiencias.

Parece que la Filosofía adquiere tanto más significado si la consideramos dentro del marco de la cultura en que funciona, en lugar de tratarla en forma aislada, *in vacuo*. Porque la Filosofía, propiamente definida, representa el esfuerzo que hace cualquier cultura o sociedad (y aquí se emplean los dos vocablos intercambiamente) con el fin de comprenderse mejor, hacerse consciente de sí misma, darse cuenta de su potencia y de sus debilidades. Tal Filosofía no puede operar ni ser estudiada dentro de una torre de marfil.

El hombre lucha para organizar su existencia dentro de la sociedad. La educación es indispensable en esta lucha; tiene que aclarar todas las perplejidades, todos los obstáculos que le afrontan.

En este proceso, tiene que ayudar la Filosofía. Es por eso que cada uno de nosotros participa en el proceso del filosofar. Tenemos un punto de vista; a veces falta la consistencia en este punto de vista, es decir, nuestras reacciones, actitudes, o formulaciones mentales, difieren ante tal o cual fenómeno. Pero filosofamos, aún inconscientemente. Cuando, por ejemplo, hacemos Filosofía, queremos expresar lo que creemos.

Pero, un día puede suceder que nuestras creencias chocan con las de otro individuo: o, lo que es peor, algunas convicciones nuestras contradicen otras convicciones que también nos pertenecen a nosotros. Qué hacemos entonces, para resolver estas contradicciones?

Hay una serie de posibilidades:

- 1.—No dejamos que el conflicto o la contradicción nos moleste, y seguimos como antes. Esto es lo más usual.
- 2.—O decimos que nuestras creencias son tan criticables que empezamos a dudar de todo; el camino del escéptico; o
- 3.—No aceptamos nada; ni afirmamos ni negamos. Camino del agnóstico.
- 4.—O en vez de ser escépticos o agnósticos, nos hacemos eclécticos. Aceptamos muchos puntos de vista, pero no los combinamos de modo armonioso. Estamos dispuestos a cambiar de parecer inmediatamente, en caso de que haya un cambio de circunstancias.
- 5.—Resolvemos conservar nuestras convicciones—después de haberlas examinado—y a pesar de haberlas examinado. En este caso, somos conservadores.
- 6.—O decidimos modificarlas, paulatinamente. Ahora somos liberales.
- 7.—O las rechazamos, y seguimos un conjunto de ideas que pertenecen a otra época, al pasado. Esto es retroceso. Somos reaccionarios.
- 8.—Por fin, puede que sustituyamos un patrón de actitudes y opiniones, las que son completamente nuevas y distintas a las que se sostienen en la actualidad o que han sido sostenidas en el pasado. Ahora, sí que somos radicales (1).

Para cada generación, su época siempre ha sido una época crítica. Sin embargo, no puede negarse que nosotros, parece, hayamos alcanzado el colmo de crisis. Nuestra crisis es “mejor y mayor” que todas las otras crisis. Ya no se trata de “liquidar” a millones de seres humanos; ahora se puede hablar impasiblemente de la *eliminación completa de tierras*.

En el transcurso del siglo pasado, esta revolución—con todas sus implicaciones socio-psicológicas—ha adquirido cada vez más un aumento de fuerza y velocidad. La crisis tiene tres aspectos principales, simbolizados por tres hombres: Einstein en la Física; Marx, en la Economía; y Freud en la Psicología. Claro que no se puede decir que ellos tres han causado la crisis; a lo más, han probado explicar y darnos una clave, con varios grados de éxito, que explique esta revolución.

Einstein representa la lucha del hombre contra el Universo: el hombre que trata de dominar las fuerzas, descubrir el misterio de los elementos que existen más allá de la sociedad humana.

Marx, el analista y el sistematizador, que cree que puede explicar la lucha del hombre contra otros hombres; el por qué de la lucha de clases sociales. ¿Y Freud? Freud procura analizar la lucha del hombre contra sí mismo; interpretar el esfuerzo que hace el hombre, no por dominar al Universo, no por conquistar a otros hombres, sino por comprender y vencerse a sí mismo.

Vivimos, en tiempo de crisis, de revolución cultural, crisis social, económica, política; crisis de valores, de moralidad. La cantidad de seres humanos, por ejemplo,

(1) Esta clasificación la hace el Prof. THEODORE BRAMELD en su libro *Philosophy of Education in Cultural Perspective*.

que han perdido la vida en las dos últimas guerras mundiales es astronómica; mucho más que la cifra correspondiente a todo el período desde el nacimiento del cristianismo. Nuestra revolución tecnológica no sólo ha producido instrumentos superlativos para el bienestar de la humanidad, sino también los que llevan un potencial peligroso, incalculable, para el futuro del mundo.

Fisión nuclear, bomba de hidrógeno, satélite lunar—todo eso pertenece al terreno de Alberto Einstein. Pero hay algo más: estos instrumentos tecnológicos se colocan y existen dentro del marco de conflictos sociales. Esto es lo que los convierte en monstruos indescriptibles. “Imperialismo”, “colonialismo”, “guerra fría”, “lucha ideológica”,—todos estos términos pertenecen al campo de Carlos Marx. Y por fin: para simplificar la fórmula: Marx + Einstein = Freud: El impacto de estas fuerzas sociales, reforzadas por las técnicas científicas, no puede menos de influir en la psique del individuo, tiene que producir forzosamente un porcentaje de neuróticos en nuestra sociedad. Tenemos, por ejemplo, en los EE. UU. los mejores hospitales para los que sufren de varias neurosis; también tenemos más pacientes que nunca: terreno de Sigmund Freud.

Hay muchos que, desde hace bastante tiempo, están haciendo preguntas; preguntas sobre nuestro estado actual, sobre nuestra dirección futura, y parece que el tema dominante, el “Leitmotif” que se repite continuamente, como una melodía triste y trágica, es: Nuestro conocimiento científico, nuestras habilidades técnicas, se han adelantado mucho más que nuestros valores sociales y espirituales. Estos van a la zaga. Somos un mundo de “gigantes técnicos y adolescentes morales”. Hemos descifrado el misterio del átomo, pero todavía nos falta dominar la moralidad del Sermón del Monte.

Nuestra tecnología empuja nuestras ideas. Nos ufanamos de las innovaciones de la tecnología, pero nos avergonzamos, o tenemos miedo, de la innovación de ideas. Enseñamos el cómo, sin hacer caso al por qué. Enseñamos la perfección mecánica, sin la comprensión filosófica.

Necesitamos urgentemente una re-evaluación de los valores culturales de nuestra cultura. Algunos creen que el Occidente ya no tiene estabilidad, confianza, exuberancia. Presenciamos una desintegración de las normas tradicionales del comportamiento social. El llamado resurgimiento o renacimiento religioso que se nota—hablando sociológicamente—no es un fenómeno positivo, sino que más bien parece ser síntoma del miedo que tiene la gente—miedo, casi se puede decir—histeria—la que resulta de la fórmula simbólica: Marx + Einstein. No es de extrañarse, pues, que en las últimas décadas hayamos presenciado una inundación de libros y artículos que tratan de asuntos psicológicos, con fines terapéuticos, escritos en forma popularizada; libros que tratan de disipar y contrarrestar la melancolía y la tensión nerviosa; libros titulados *Paz del Alma, Paz de la Mente*, etc. (2).

Se dice que el mundo es mucho más pequeño hoy día. Nunca ha habido tantos puntos de contacto entre naciones distintas: contactos comerciales, políticos, sociales. Y a pesar de eso, parece que nunca ha habido tantos antagonismos y conflictos entre los diferentes pueblos del mundo.

El tecnicismo ha hecho progreso no sólo en materia científica: también se han confeccionado técnicas diabólicas en la difusión del odio y de la histeria.

Tal vez se puede decir también—y esto caracteriza y agrava la crisis que estamos experimentando—que hay una relación íntima entre, por una parte, la edad o el estado de salud que tiene un grupo o una sociedad, y, por otra, el sentido ideo-

(2) Escritos por el Monseñor Fulton Sheen y el Rabino Joshua L. Liebman, respectivamente.

lógico, la orientación filosófica, a que se adhiere este grupo. Una sociedad joven y robusta es optimista y tiene ganas de experimentar; experimentar en el terreno de ideas sociales, no sólo en la ciencia. Una sociedad más vieja, insegura, que se siente amenazada, ya no tiene tanta confianza y tiene miedo de experimentar con ideas. Prefiere el conformismo, el dogmatismo, en muchos casos el autoritarismo.

Y es aquí precisamente donde yace el peligro para la sociedad democrática. La democracia, como concepto ideológico, no basta si se limita exclusivamente al sentido político. Si no hay democracia económica, existe siempre la posibilidad de que este concepto democrático no vaya a perdurar. En demasiados casos, se ha demostrado que el hombre prefiere la seguridad económica a cualquier otro valor social. Y si tiene que escoger entre la democracia, es decir, la libertad política y la inseguridad económica que la acompaña, por una parte, y por otra, el sistema totalitario que le ofrece la seguridad económica, optará, desgraciadamente en muchos casos, por la segunda alternativa.

Hay otro elemento que contribuye a la crisis. Nuestra época de industrialización, de especialización, ha producido grupos de especialistas que ya no se entienden unos a otros. El horizonte intelectual del hombre empieza a encogerse. El hombre sólo se interesa por su especialidad. El pensamiento refleja el oficio del hombre y los dos son fragmentarios. Como resultado, quedan cerrados los canales de comunicación, fenómeno tan peligroso para una democracia, la que depende de vías abiertas para poder existir y florecer. Y precisamente en este momento, surge la importancia, la necesidad de darse cuenta de que los individuos de una sociedad tienen que depender el uno del otro, se necesitan unos a otros, para planear y efectuar juntos, planes, programas, proyectos, que mejoren su sociedad. He aquí pues, el dilema: nos hacemos más restringidos en nuestro modo de pensar, en el momento que necesitamos comunicarnos con otros de manera más amplia e inteligente.

A nuestro mundo del Occidente le hace falta—así creen algunos pensadores—una concepción amplia y profunda del movimiento histórico-cultural. Así como, por ejemplo, existe una cultura budista, una cultura mahometana, una cultura hindú, una cultura marxista—leninista, debe existir una cultura, una “Weltanschauung”, una visión panorámica del mundo aquí en el Occidente. ¿Qué idea todopoderosa, todo influyente, tenemos nosotros que nos guíe en nuestra conducta? Verdad que nuestra herencia religiosa se deriva de la tradición judía-cristiana. Verdad que nuestra cultura fue establecida bajo los auspicios del cristianismo. Pero, ¿puede decirse que el cristianismo, el verdadero cristianismo, existe? Se puede dudarlo. En lugar de la idea del cristianismo, tenemos dentro del mundo cristiano muchas sectas rivales, muchas naciones organizadas según varias ideologías diversas, grupos en pugna continua (3).

Bueno, posiblemente, así debe ser. Esta diversificación, se dice, es la esencia del pensamiento democrático. El pluralismo dentro de la unidad—*e pluribus unum*—. ¿Pero es esto lo que tenemos? ¿Tenemos unidad? ¿Esto es lo que queremos? La diversificación puede también conducir al caos; depende de la índole, del tipo de diversidad. Y el caos nos puede llevar a la imposición de la rutina, de la rigidez, de la fuerza, de la dictadura, de la decadencia. Esto es lo que pasó en Grecia, porque no se formuló

(3) Se ha sugerido la idea interesante y bastante atrevida, de que el antisemitismo se explica por el sentido de culpabilidad, tal vez inconsciente, que siente el cristiano hacia el judío, culpabilidad porque en el transcurso de los últimos dos mil años, no ha podido vivir aquél según los conceptos altamente morales que enseña Jesús, hijo del pueblo de Israel.

una idea que atrajera al pueblo. Es lo que sucedió en Roma hasta que los bárbaros del Norte llegaron a "liquidar" la tiranía romana.

¿Estamos condenados a tener que escoger entre el caos y la uniformidad? ¿No existe una tercera alternativa? ¿No existe una ideología que posea la misma dinámica y atracción para millones de seres humanos, que esa otra ideología—que atrae a millones—, la ideología marxista?

Nos falta un dinamismo, pero no queremos una ideología que nos traiga las consecuencias desastrosas de la orientación soviética.

No es necesario compartir el pesimismo de un Oswald Spengler; tal vez no esté completamente justificada la tesis que nos expone en *El Ocaso del Occidente*, ni tampoco la de Pitirim Sorokin, quien cree que estamos en vísperas de una nueva época; que estamos a punto de inaugurar un renacimiento espiritual, después de haber estado tan sumergidos—tan obsesionados—con nuestra cultura materialista. Pero sí que puede aseverarse, con Arnold Toynbee, que estamos experimentando cambios que se asemejan a un cataclismo, y parece que una vida radicalmente transformada será el resultado.

Ya se han tratado los conceptos "Filosofía" y "crisis", nos toca referirnos al tercer ángulo de nuestro triángulo: la Filosofía de la Educación, y colocarlo dentro del marco de referencia en que nos encontramos.

Un análisis de la configuración que suele llamarse "educación" revela que hay cuatro elementos esenciales: el educando, el educador, los fines, y los medios de la educación. Y puesto que esta configuración existe, o mejor dicho, tiene lugar dentro de una sociedad, y es influida o empujada, por decirlo así, se agrega aquí un quinto elemento: el social. ¿Por qué y para qué educamos? Puede decirse que hay cuatro factores que operan:

1.—Educamos desde punto de vista biológico. El niño tiene que aprender cómo ajustarse físicamente a su ambiente. Todo ser humano es un conjunto de energía que se utiliza en varias direcciones. El individuo crece, ama, lucha por sobrevivir.

2.—El segundo factor: la educación desde la perspectiva sociológica. Una sociedad compleja requiere una institución por medio de la cual se inicia el niño en las actividades sociales. Por eso, el niño aprende en la escuela a reconocer y aceptar ciertos intereses que trascienden al individuo.

3.—También educamos intelectual y éticamente. Tenemos que adiestrar las habilidades, desarrollar los criterios, aumentar el conocimiento, aquilatar los valores. El alumno tiene que saber distinguir entre lo bueno y lo malo.

4.—Y finalmente, educamos desde el punto de vista emocional. Si hay un énfasis excesivo en el análisis intelectualista, puede resultar una deformación en la personalidad del niño. El niño necesita desenvolver su intuición artística y religiosa, para alcanzar un equilibrio estable y armonioso.

Tomemos esta configuración, la que abarca la escuela, al maestro, al alumno, puesto que esto es nuestro interés principal, nuestro punto de partida. ¿Cuál es el punto de vista que debemos adoptar (ya que estamos haciendo Filosofía) con relación a los problemas siguientes?

1.—¿Cuáles son las funciones, las finalidades de las agencias oficiales de educación?

¿Hay otras agencias sociales que tengan responsabilidades educativas? ¿Cuáles son las líneas de demarcación?

2.—¿Cómo se determinan los objetivos de la educación?

- 3.—¿Cómo aprendemos? ¿Cuáles son las varias teorías respecto del proceso de aprendizaje? ¿Y cuáles son las presuposiciones, las premisas, las bases filosóficas, que determinan estas teorías?
- 4.—¿Cuál es la naturaleza del arte de enseñar?
- 5.—¿Cómo debemos evaluar el producto final del aprendizaje?
- 6.—¿Cuál es el buen estudiante? ¿El que siempre hace lo que le diga el maestro? ¿El que siempre le imita?
- 7.—¿Cuál debe ser el curriculum del alumno? ¿Qué debe estudiar? ¿Cómo lo determinamos?
- 8.—¿Qué proceso es más eficaz en el estudio, por ejemplo, de las Ciencias: aprender de memoria todo el contenido del libro o tomar parte en excursiones al campo para estudiar los objetos a primera mano?
- 9.—¿Quién debe recibir una educación? ¿Por qué?
- 10.—¿Qué papel debe desempeñar el profesor?
- 11.—¿Cuál es la relación entre la escuela y la comunidad?
- 12.—¿Debe inculcar la escuela en materia política y económica?
- 13.—¿Se debe permitir la crítica del orden social? ¿De qué modo?
- 14.—Si queremos desarrollar el arte de pensar críticamente, ¿podemos excluir problemas discutibles de la clase?
- 15.—¿Cuál debe ser la relación entre la educación pública y la escuela particular?
- 16.—¿Cuál es su punto de vista con referencia a la libertad académica? ¿Cuánta libertad podemos justificar?
- 17.—¿Está en pro de la censura de libros? ¿Hasta qué punto? (si está en pro).
- 18.—¿Se debe permitir la discusión sobre el comunismo? ¿En qué nivel escolar?
- 19.—¿Cuál debe ser la actitud del administrador y del profesor, respecto de los varios grupos fuera de la escuela, los que representan intereses distintos y que ejercen cierta medida de presión contra la escuela?
- 20.—¿Se debe enseñar la religión en la escuela?

En fin, volviendo al tema central, todos tenemos un punto de vista. Desgraciadamente, muchos puntos de vista se basan sólo en la tradición, en las costumbres, en los hábitos. No han sido bien pensados.

Ahora bien, si estamos entrañablemente ligados a la cultura dentro de la cual vivimos, recibimos sus influencias, y en cambio, influimos en ella. Porque cada cultura es un conjunto de creencias básicas, posturas, orientaciones, que nos da un sentido, un significado de la vida. Y esto determina nuestro punto de vista.

Las creencias dominantes, las actitudes, las meditaciones sobre las instituciones y patrones culturales, todas constituyen la Filosofía. La educación procura revertir la Filosofía en la práctica, indicando a los dirigentes culturales, a los miembros más influyentes, cómo se deben aplicar y utilizar estos valores, del modo más fecundo y eficaz. Ya se ha dicho que la relación entre Filosofía y educación es recíproca. Si la Filosofía recoge y expresa las creencias de una sociedad, la educación las realiza, procura llevarlas a cabo.

Hasta ahora no hemos sentido la necesidad de una capacitación sistemática—hablando filosóficamente—para nuestros maestros. Lo habíamos dejado todo al azar. Pero, ahora, nos damos cuenta, más que nunca, de nuestras insuficiencias, de nuestras fallas. Incluso confesamos a menudo que ya no sabemos con exactitud las que deben ser las creencias dominantes de nuestra sociedad. Porque ¿no es verdad que toda filosofía

válida siempre tiene que ser revisada? Siempre surgen nuevos problemas, y siempre buscamos nuevas soluciones.

Y claro, para que la educación desempeñe bien su papel—en esta época de cambios y aceleración—se pone de manifiesto la necesidad de un contacto con la Filosofía de la Educación, sobre todo para los que van a encargarse de la tarea de formar ciudadanos útiles e inteligentes. Porque la función del educador es no sólo la de crear, mejorar, y transmitir patrones de cultura, sino también la de desenvolver las capacidades en forma armónica, hasta el grado óptimo, del alumnado.

La primera función, la de transmitir un sistema de valores, para conservar la estabilidad de la sociedad, siempre ha sido la dominante. Esta función de la educación siempre ha sido la preocupación de los filósofos. Cuando, por ejemplo, en Grecia, hace más de 2000 años, cuando el conflicto de ideas y valores amenazaba la estabilidad del país, surgió como resultado la gloriosa contribución filosófica de Platón. Cuando, en el siglo trece, la hegemonía de la Iglesia fue amenazada por la difusión de nuevas ideas, Santo Tomás efectuó una reconciliación entre la fe y la razón en su *Summa Theologica*.

Hoy día, la ideología totalitaria nos ha hecho conscientes de nuestras debilidades, de nuestra falta de consistencia, de nuestros errores. Tenemos que aclarar y formular de nuevo lo que desde hace tanto tiempo vamos creyendo que se da por sentado. Para el profesorado es ésta una obligación absoluta, sobre todo cuando los americanos mismos, los pueblos de las dos Américas, están confundidos; no saben exactamente todo lo que implica la filosofía democrática.

Esto quiere decir que la Filosofía de la Educación debe ser interpretada dinámicamente, dentro del ambiente cultural, divorciada de todos los conflictos que nos afrontan.

Más específicamente, el profesor debe relacionar las varias orientaciones filosóficas, como por ejemplo, el idealismo, el realismo, el pragmatismo, con los problemas y las corrientes vitales que fluyen; descubrimos muy a menudo, los varios puntos de contacto y correlación entre la actitud filosófica de una persona y su preferencia política o su posición económica. En otras palabras, una Filosofía de la Educación no sólo nos ayuda en asuntos del curriculum, de la metodología de la psicología del aprendizaje; en fin, no sólo nos ayuda dentro de la rama de la educación; también nos ayuda a ver la relación que existe entre la educación misma y la política, la ciencia, la religión.

Los estudiantes, como resultado, tendrán que examinar cuidadosamente sus creencias, sus opiniones, sus preferencias, no sólo en su área de especialización, no sólo en el campo de la educación, sino también examinar y aclarar la relación que existe entre su profesión y todas las otras áreas de la cultura humana.

El profesor no debe contentarse sólo con seguir un curso de educación. Debe estar filosóficamente orientado, porque el profesor, como alguien ha dicho, es el "jardinero del alma", el alma de la juventud. Y la juventud quiere saber. La juventud quiere saber. La juventud hace preguntas sobre derechos y responsabilidades, sobre el azar y el albedrío, sobre el hombre y Dios. La juventud se preocupa por la cuestión de los valores; a la juventud le interesa ver el modo de pensar y reaccionar, por ejemplo, de un hombre de negocios, y qué es y lo que le diferencia de un clérigo o de un artista, o de un científico. Los estudiantes quieren que se les hable en clase de modo que queden satisfechos, intelectual y estéticamente. Quieren un profesor humanizado, no un profesor exclusivamente técnico.

Ya se ha hecho referencia a los conceptos de *ser* y *devenir*. Este conflicto metafísico, simbolizado por Heráclito y Parménides, respectivamente, también tiene sus repercusiones en el mundo educativo.

Por ejemplo, algunos educadores han sostenido que la escuela—especialmente en tiempos de evolución social muy acelerada—debe ubicarse en la vanguardia de todas las fuerzas sociales e inaugurar reformas; otros creen que debe contentarse con la preservación y el mantenimiento del *status quo*. Los que abogan por el papel vanguardista de la escuela, creen que el cambio es inevitable, que es la esencia de la realidad, y que por eso, debe la escuela iluminar el camino del cambio, controlar y dirigir los cambios; si no, resultarían desviaciones, falta de progreso y hasta retroceso. En cambio, los que abogan por el papel más pasivo de la educación, los que dicen que la escuela sólo refleja y apoya el *status quo*, éstos creen que hay ciertos valores sociales que no cambian nunca. Estos valores son lo que debe conservar la escuela; estos educadores hacen hincapié en la supremacía del ser.

Bien se puede preguntar aquí: ¿Puede la educación institucionalizada cambiar a la sociedad?, ¿Qué puede hacer específicamente?, ¿Cuánto puede hacer? Los hay que creen que la educación no es más que un reflejo pálido del país en que funciona; que si queremos transformar el carácter de la sociedad, no es la educación la que puede dirigir el cambio; que si queremos transformar el carácter del sistema educacional, es necesario primero transformar el país. La educación, pues, es algo pasivo, inerte, y, según este punto de vista, ningún cambio es posible dentro de la educación sin cambiar primero la sociedad. La educación, por sí misma, no puede realizar cambios sociales. Hay otras fuerzas, fuera del aula, fuerzas mucho más poderosas, que van a realizar estos cambios de la sociedad.

Se opone a este tipo de pesimismo conservador la ideología, mucho más optimista y radical, que afirma que los educadores pueden y deben hacerse líderes, y ayudar en la formulación e inauguración de reformas sociales; en fin, efectuar cambios en el sistema social. Por supuesto, esto implica: 1) que los profesores son capaces de efectuar cambios, es decir, que tienen la sabiduría necesaria; y 2) que hay unanimidad entre los profesores en cuanto a lo que debe hacerse; ambas premisas, muy dudosas.

Los dos puntos de vista parecen equivocados, porque sufren de un extremismo exagerado. En primer lugar, la educación no debe contentarse, ni con guiar, ni con seguir, exclusivamente. La educación no es sólo un agente que se preocupa por la conservación de la ideología prevaleciente. Si esto fuera así, nunca habríamos tenido tantos críticos y disidentes en la historia de la educación.

Tampoco podemos decir que la educación es la única fuerza que produce o debe producir cambios sociales. Esto no es solamente no realista, sino también falso. La educación, por sí sola, no puede instituir si la comunidad no está preparada para ellas.

Hay una postura intermedia entre estos dos extremos. La educación no debe servir sólo como apoyo automático a todo lo que existe en el orden social. Ni debe hallarse en tal condición, como si fuera un general sin ejército. Lo que sí puede hacer la educación es preparar las actitudes e ideales que tienen que sobrevivir cuando surgen las crisis. Y aquí es muy evidente la diferencia entre la sociedad democrática y la totalitaria. En los Estados totalitarios, la educación no puede iniciar, no puede influir, en absoluto, en la reforma de la política social o en una nueva orientación de las transformaciones sociales. El manejo de los beneficios educativos es un monopolio de la minoría políticamente dominante. En cambio, en una sociedad democrática, la educación puede hacer mucho más para influir en la política social, porque no es mo-

nopolio de un solo grupo. Ni está centralizado tampoco. "En una democracia, más que ningún otro orden político, los educadores, como grupo, tienen mayor oportunidad de influir en la sociedad, y por lo tanto, mayor responsabilidad en lo que hacen o dejan de hacer". (4)

Para terminar, pues, la Filosofía de la Educación puede, debe y tiene que asumir activamente nuevas responsabilidades en esta época de crisis; tiene que darnos una comprensión adecuada de tales conceptos complejos como la libertad, la democracia, la religión, la ciencia; tiene que ofrecernos una explicación satisfactoria de las necesidades básicas de la naturaleza humana, y cómo deben satisfacerse; tiene que darnos una interpretación comprensiva que nos explique las luchas del pasado, y que prepare para las luchas del porvenir. Esto es imperativo, porque nos hacen preguntas continuamente los alumnos de primaria, los adolescentes de secundaria, los universitarios, los adultos, y, si no se les dan las respuestas que nosotros hemos formulado, después de mucha investigación y discusión, ellos buscarán sus propias respuestas, e irán a buscarlas en vías y en lugares que no son siempre los mejores, ni los más deseables.

El maestro necesita una Filosofía de la Vida, de la cual es parte su Filosofía de la Educación. Necesita esta filosofía para poder orientarse mejor. De otro modo, sería un títere, un robot, un mero técnico que obra mecánicamente como autómatas. Se necesita la Filosofía, no tanto como un estudio técnico, sino como auxiliar que nos ilumine el problema total del hombre dentro de su sociedad; como una guía que nos proporcione el significado y la coherencia en una época caracterizada por el cambio continuo, por una cultura en crisis.

Nuestra finalidad es la de reconquistar al hombre prematuramente especializado, el hombre deshumanizado, el hombre víctima de estereotipos y prejuicios, el hombre esclavo de la tecnología, el hombre sin dignidad, el hombre "bárbaro cultural" como diría Ortega y Gasset.

Formar hombres civilizados, mejorar la vida humana: tal es el papel que debe jugar la técnica y también la Filosofía de la Educación. Porque la esencia de la Filosofía de un pueblo se halla en su Filosofía de la Educación. Es ésta la que determina lo que hagan los maestros. Y lo que hagan los maestros con los alumnos, va a decidir, a la larga, el éxito o el fracaso de ese pueblo.

(4) HOOK, SIDNEY, *La Educación del Hombre Moderno*.